

**CARTILLAS DE
DIVULGACION ECUATORIANA
Nº. 40**

Al cumplirse 450 años
de la muerte de Atahualpa

LUIS ANDRADE REIMERS



EDIT. CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA - QUITO - 1983

PRECIO S/. 2.—

Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Este Libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Casa de la Cultura
Su Venta es penada por la Ley

**SECCION DE HISTORIA Y GEOGRAFIA
DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA**

LUIS ANDRADE REIMERS

Al cumplirse 450 años
de la muerte de Atahualpa

BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº	AÑO
PRECIO	DONACION



EDIT. CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA — QUITO — 1983

P R E S E N T A C I O N

La investigación histórica, titulada HACIA LA VERDADERA HISTORIA DE ATAHUALPA, fue presentada por su autor al público en Noviembre de 1978. Afortunadamente venía sólidamente cimentada en documentos de primera mano, la mayoría de los cuales habían sido redactados entre 1533 y 1536 y eran en parte prácticamente desconocidos. Sin embargo, aquello constituía un acto de verdadera audacia, pues su contenido sostenía que lo que todo el mundo había aprendido desde la escuela sobre Atahualpa en Cajamarca era un fábulas urdida por los primeros españoles para poder adueñarse del oro entregado por el Inca quiteño al Rey de España. A pesar de quien prologaba la obra era el Director de la Academia Nacional de Historia, Dr. Jorge Salvador Lara (quien la calificaba como "una de las más notables contribuciones a la historia americana en general y a la ecuatoriana en particular"), desde la noche misma de su presentación hubo airadas protestas y concitación a refutar su contenido. Pero, así como hubo adversarios, así también fueron apareciendo partidarios acérrimos de esa tesis tanto entre la juventud estudiosa, como entre los profesionales de mediana edad y aun entre los historiadores encanecidos. En el Exterior la acogida que tuvo el libro fue mucho más alentadora. Aunque todos prevenían al autor de una posible crítica dura en un futuro próximo, las mayores autoridades históricas sobre la conquista española de los incas encontraban la nueva versión no sólo verosímil sino probable. En el Perú el Dr. Edmundo Guillén Guillén calificó el libro de "fascinante". Otro historiador peruano prominente, el Sr. Don Guillermo Lohmann Villena, después de calificar esta obra sobre Atahualpa como verosímil y perspicaz, sólo ponía en tela de juicio algunos epítetos sobre Jerez. Finalmente en España el Dr. Demetrio Ramos, autoridad contemporánea máxima en la Península sobre temas de la Conquista, decía enfáticamente que desde ahora en adelante no se podía escribir sobre este tópico sin haber leído antes esta obra.

De ese modo pasó el tiempo y la "dura crítica" nunca vino. Por el contrario, cuando en 1980 el Gobierno del Perú emprendió la publicación de su *HISTORIA GENERAL DEL EJERCITO PERUANO*, al llegar en el Tomo II al episodio de Atahualpa en Cajamarca, se afirmaba categóricamente que en la plaza del pueblo no estuvo el ejército del Inca quiteño y entre otras fuentes para fundamentar tal afirmación se citaba este libro ecuatoriano.

Andrade Reimers ha escrito con posterioridad otras dos obras en torno a ese tema: *LA CONQUISTA ESPAÑOLA DE QUITO* y *LA CAMPAÑA DE LOS QUITEÑOS CONTRA EL CUZCO*. Este pequeño opúsculo compuesto por él es sólo una apretada síntesis de todos esos materiales.

AL CUMPLIRSE LOS 450 AÑOS DE LA MUERTE DE ATAHUALPA (*)

Señoras y Señores:

Es un insigne privilegio para mí el que la Academia Nacional de Historia me haya confiado hablar sobre Atahualpa, al conmemorarse los 450 años de su muerte. De hecho, tanto por la tradición casi secular que tiene esta organización como por la magnífica obra de su actual director, el Doctor Jorge Salvador Lara, la Academia Nacional de Historia ha reunido y reúne a las personalidades más prominentes del País en lo que se refiere al conocimiento de las raíces de la nacionalidad, los dones de la pluma y el amor más idealista y limpio hacia la Patria. Hablar ante tan distinguido auditorio me hace sentir invenciblemente tímido, aunque confiado en la conocida benevolencia de quienes me escuchan.

Séame, ante todo, permitido subrayar que la historia de Atahualpa no viene en modo alguno a opacar las verdaderas glorias de España en su colosal Edad de Oro. Si el Inca quiteño cayó asesinado a traición por sus huéspedes de ultramar, como constataremos más adelante, esa villanía fue principalmente el fruto de la codicia de un judío converso refugiado en Panamá, cuya sombría hazaña, al conocerla, fue condenada de inmediato por el propio Emperador Carlos V (1). La presente exposición tampoco es el eco de aquella corriente indigenista de nuestros tiempos, la cual, debajo de la piel de oveja de la miseria del indio, muchas veces ha encubierto a caudillos ambiciosos, preocupados sobre to-

(*) DISCURSO ANTE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA, al cumplirse los 450 años de la muerte de Atahualpa

das las cosas de su engrandecimiento personal. Bien sabemos todos que el historiador debe emprender sus investigaciones acerca de los hechos del pasado con ánimo imparcial, aunque infatigable con respecto a toda clase de documentos que conciernan a su tema. Con respecto a Atahualpa si queremos conocerlo a fondo, es preciso no limitarnos a los nueve últimos meses de su vida (provistos de fuentes históricas profundamente adulteradas como lo veremos a su tiempo) sino también a los treinta años de su vida anterior. Eso es lo que nos proponemos hacer ahora, aunque en forma sintética por motivos de tiempo y de lugar.

Tratando de ser breves, no nos vamos a detener en demostrar documentadamente los siguientes hechos, que forman el fondo histórico sobre el cual es menester proyectar la figura de Atahualpa. Antes de la llegada de los incas la población del territorio actualmente ecuatoriano estaba agrupada en pequeños reinos, más o menos disgregados entre sí, en parte por efectos de la misma geografía. La invasión incaica debió iniciarse por las tierras de paltas y cañaris durante la primera o segunda década del Siglo XV. Ante el peligro de la dominación extranjera se produjo la primera alianza de aquellos pequeños reinos, la cual a través de los años fue reduciéndose, a medida que avanzan las conquistas estables de los incas, hasta quedar sólo la confederación de los pueblos del Norte, los cuales hacia fines del Siglo XV recibieron finalmente el terrible escaermiento de Yaguarcocha. Durante la segunda década de ese Siglo XV el Emperador Tupac Yupanqui fijó en la ciudad de Tomebamba su cuartel general. Con el transcurso del tiempo poco a poco esa ciudad fue atrayendo a una buena parte de la Corte imperial del Cuzco y veinte años más tarde fue la cuna del gran Emperador Huaina Cápac (2). De ese modo Tomebamba se convirtió no sólo en una de las ciudades más bellas y prósperas del Tahuantinsuyo (3) sino en una especie de capital efectiva del Imperio.

Con este panorama de fondo y como arcoiris de paz sobre los humeantes campos en torno a Yaguarcocha, hacia fines del Siglo XV nació el Príncipe Atahualpa del gran Emperador Huaina Cápac y de una princesa de Caranqui, la cual con su belleza y sortilegios femeninos había doblegado las furias del guerrero. El Monarca del Tahuantinsuyo fue llevando al niño recién nacido y a su madre a la ciudad del Cuzco para su crianza y educación (4). Tan tierno debió ser el niño y tan bien

debió adaptarse al medio cortesano de la Capital sagrada del Imperio, que más tarde aun algunos ancianos respetables del Cuzco creían (y así lo informaron a Cieza de León) que Atahualpa era cuzqueño de nacimiento. Por otro lado el Emperador Huaina Cápac había dispuesto que tanto a la madre como al hijo se los rodeara de las distinciones propias de los miembros íntimos en la numerosa familia imperial. Sin embargo, este trato preferencial sólo sirvió para despertar el odio y el desprecio hacia aquellos "quilacos" intrusos. Por ese tiempo el mito del origen divino de la sangre incaica pura, concentrada por generaciones en la estirpe de los soberanos del Tahuantinsuyo, había llegado a su clímax. En fuerza de la supuesta sangre divina que corría por las venas del Monarca y la rancia aristocracia cuzqueña, se creían con derecho para sojuzgar y hacerse servir de todos los pueblos indígenas del Imperio, por más que estos últimos les superasen en número de uno a mil. Para esta aristocracia eminentemente racista el "mestizo" Atahualpa era digno de desprecio, por más que su padre hubiese sido el propio Emperador. Tal debió ser el ambiente que respiraron la madre y el hijo durante los largos años de crianza y educación en la Academia de Nobles de la Capital. Esa hostilidad, sin embargo, debió estimular y fortalecer al muchacho norteño. Afortunadamente a él la Naturaleza le había dotado de prendas excepcionales. Años más tarde los mismos españoles calificaron su rostro de "hermoso" y su cuerpo de fuerte y bien proporcionado. Más aún, sobre esta fortaleza física y semblante bello, quienes lo conocieron personalmente lo calificaron de "muy sabio y discreto y, aunque sin luz de escritura, amigo de saber y de sutil entendimiento". Otro testigo contemporáneo escribía de él (6): "La persona del cacique . . . es la más entendida o de más capacidad que se ha visto." Pues, bien, estas cualidades excepcionales de alma y cuerpo debieron haber hecho eclosión durante su adolescencia y probablemente movieron al Emperador Huaina Cápac en una de sus visitas al Cuzco a llevarlos consigo a Quito (7) para perfeccionar sus conocimientos militares y administrativos. La confianza puesta por Huaina Cápac en el adolescente a lo largo de la vida a tal punto fue respondida por éste, que le permitía, según Cieza de León, "comer de su propio plato", rasgo supremo de intimidad entre los incas. Por su parte Alonso de Borregán nos dice (8): "Dióle ayo el Guaynacaba a un Señor que se llamaba Orominabi" (Rumiñahui). Este indomable y fiel

general iba a ser su guardián tanto en Cajamarca como después hasta el día de su muerte en la hoguera a manos de Benalcázar. Terminada la etapa sangrienta de la conquista incaica, tanto la colectivización de la producción agrícola, como la organización del trabajo industrial y la construcción de los silos estatales fueron, durante la segunda década del Siglo XVI, duras tareas cumplidas por el Emperador tomebambino, Huaina Cápac, con la colaboración de Atahualpa, el Príncipe idolatrado por todos sus compatriotas. De hecho, al darse cuenta por un lado el viejo Monarca de las excepcionales cualidades de su hijo "mestizo" como guerrero y estadista y, por otro, de la excesiva longitud de su Imperio para hacer una eficiente administración, había resuelto dividir el territorio del Tahuantinsuyo en dos naciones, devolviendo a Atahualpa lo que había sido de sus antepasados maternos. Sin embargo, conociendo como conocía el resentimiento que guardaba su hijo "mestizo" contra el orgullo de la raza pura del Cuzco, exhortaba constantemente a Atahualpa "que se hubiese bien con su hermano Huáscar" (9). Estando así las cosas, un día, después de haber cumplido los ochenta años, Huaina Cápac se sintió morir y, como en 1542 lo refirieron los quipucamayos del Cuzco, llamó en torno a su lecho a los generales y altos funcionarios presentes en Quito para su testamento y dejarles a ellos como albaceas. En él "dejó su reino dividido en dos partes y en dos hijos que fueron Atavallpa, a quien le dejó lo de Quito, y a Guascar Inga lo demás que había heredado de sus antepasados".

Tanto los quipucamayos de 1542 en forma genérica como Cabello de Balboa en estilo pormenorizado nos cuenta cómo la Corte del Cuzco no aceptó el testamento de Huaina Cápac, coronó rápida y arbitrariamente a Huáscar como Señor de todo el Tahuantinsuyo y organizó de inmediato una expedición militar para ocupar las regiones del Norte y castigar a Atahualpa.

En tales circunstancias fue cuando se perfiló la verdadera personalidad del Inca Quiteño. Apenas hay un hecho en que estén de acuerdo todos los cronistas de los años del Siglo XVI como en afirmar el avance incontenible del ejército ecuatoriano a lo largo de 3.000 kilómetros de territorio peruano, que culminó con la ocupación de la inmensa y venerada Ciudad Santa del Tahuantinsuyo. Tal difícil o más era aquella hazaña, como lo sería en nuestros días el avance de las tropas ecuatorianas a lo

largo del territorio del Perú hasta la ocupación y la rendición incondicional de esa Nación. No olvidemos que en ese tiempo el Imperio de los incas incluía todo el Norte de Chile y de la Argentina. El Ecuador de ese tiempo debía tener un millón de habitantes, en tanto que el resto del Tahuantinsuyo contaba con más de diez millones. Por otro lado era una Nación eminentemente colectivista como la de los incas esto implicaba que, parte de las minas de cobre para la fabricación de armas localizadas principalmente en el centro del Perú, su potencial económico era también diez veces mayor. Finalmente el territorio actualmente ecuatoriano había permanecido disgregado en pequeños reinos hasta la invasión de los incas, ante la cual formaron una alianza, la misma que fue reduciéndose en extensión a medida que los invasores ocupaban la tierra; en cambio hoy día, mal o bien, tenemos más de 150 años de unificación regional, desde que en 1830 el Ecuador se fraguó como República independiente.

Sin embargo, las generaciones ecuatorianas de ese tiempo eran muy distintas de las actuales. La resistencia armada a la invasión de los incas desde que éstos penetraron en las tierras de paltas y cañaris hasta el escarmiento final de Yaguarcocha, se había prolongado por un siglo. La infinita serie de privaciones y actos heroicos a favor de sus coterráneos había producido ancianos, hombres maduros y jóvenes experimentados en las tácticas militares y provistos de energía indomable. Atahualpa, educado por más de una década en los campamentos junto a su padre, Huaina Cápac, no sólo conocía los méritos marciales de sus compatriotas sino que, además, era admirado y querido por jefes y soldados como la esperanza suprema de su futura soberanía. Por otro lado, la clarividencia y experiencias anteriores del Inca Quiteño le habían hecho darse cuenta tanto de aquel dinamismo humano formidable a sus órdenes, como de que el verdadero talón de Aquiles del inmenso Imperio de los incas era el racismo o mito de la sangre pura, por medio del cual una estirpe minoritaria tenía dominadas y explotadas a las grandes mayorías indígenas del Norte, del centro y, al menos de los extremos meridionales del Tahuantinsuyo.

De acuerdo a Cabello de Balboa Atahualpa había dado comienzo a su reinado sobre los territorios legados por su padre, tomando en solemne ceremonia la borla imperial en Tomebamba, ciudad que, como que-

da indicado, era la más populosa y próspera de todo el distrito bajo su soberanía. A pesar de que en esa sede de buena parte de la Corte imperial durante el reinado de Tupac Yupanqui y los 50 años de gobierno de Huaina Cápac se habían originado varios linajes o "aillús" cuzqueños de sangre inca pura, en aquellas multitudinarias ceremonias ninguno de sus miembros se atrevió a protestar entonces por ver el "Mauto" carmesí imperial propio del Tahuantinsuyo lucir sobre la frente de un "mestizo" del Norte. Cabello insiste en la actitud aparentemente sumisa y obediente de aquellos funcionarios traidores nombrados hacía mucho tiempo por su padre. Pero tan pronto como Atahualpa salió de Tomebamba, aquellos miembros prominentes del racismo cuzqueño despacharon emisarios a Huáscar para pregonar el escándalo. De ese modo el momento en que llegaron a Tomebamba los dos mil oficiales orejones despachados por Huáscar desde el Cuzco para castigar a Atahualpa, a órdenes del general Atoc, las autoridades colaboraron sigilosa pero eficientemente en el reclutamiento de tropas, hasta llegar a formar entre soldados del Sur, paltas y cañaris un ejército de 40.000 hombres.

En medio de las excepcionales cualidades que adornaban a Atahualpa había una falla humana, frecuente en los grandes hombres. Siendo él mismo franco y leal por temperamento, al haber recibido de las autoridades de Tomebamba la más rendida obediencia durante su coronación, no introdujo cambio alguno en el gobierno de la ciudad ni puso hombres suyos de confianza, retirándose luego confiadamente al distrito administrativo de Quito. Así fue cómo, mientras el Inca Quiteño se consagraba a restaurar el ordenamiento piramidal en lo económico y político de su pequeño Imperio, el ejército de Atoc pudo estructurarse tranquilamente en Tomebamba y lanzarse luego a la invasión, sin que Atahualpa tuviese noticias de ello sino a última hora. Al saberlo, reunió apresuradamente a cuantos hombres tuvo a la mano y, aunque al frente de ellos puso a los viejos generales Quisquis y Calicuchima, ese ejército fue estrepitosamente derrotado pocos días después en Mocha. Pero entre tanto el Inca Quiteño había tenido tiempo de recibir los nuevos refuerzos solicitados de los pastos, tusas, caranquis, otavalos y cayambis. Poniéndose, pues, él mismo al frente de estas nuevas tropas y dando alcance en Latacunga a los residuos de su ejército derrotado, discutió con Quisquis y Calicuchima la estrategia por seguir y obtuvo una aplastante victoria en el río

Ambato con la captura de Atoc y el Gobernador de Tomebamba, los cuales días después en Quito fueron pasados públicamente por las armas.

Al llegar estas noticias al Cuzco, Huáscar y su Corte despacharon un nuevo ejército, reclutado a prisa en el centro del Perú, a órdenes de Huanca Auqui, un medio hermano de Huáscar y Atahualpa. Este nuevo general llegó a Tomebamba sin problemas. Pero Atahualpa debía desalojarlo de su territorio y marchó otra vez al frente de un bien estructurado ejército bajo las órdenes inmediatas de Quisquis y Calicuchima. En el valle de Tomebamba se dieron tres batallas a una sola que duró tres días, al cabo de las cuales el hijo de Huaina Cápac tomó la ciudad y la purgó de los linajes o "aillús" cuzqueños de sangre inca pura arraigados por mucho tiempo en ella, respetando a los ancianos de esa estirpe pero no perdonando a los hombres en edad de portar armas, a las mujeres y aun los niños. Huanca Auqui con los restos de su ejército huyó por más de 150 kilómetros hasta refugiarse en Cusibamba (el valle de Loja en nuestros días).

Pero la experiencia de Tomebamba había enseñado a Atahualpa que él, por ser mestizo, jamás habría de gobernar en paz su territorio, mientras en el Perú dominase el racismo de los incas. Así, pues se propuso reunificar, bajo el slogan común de igualdad de derechos para todas las razas, a los pueblos y regiones heredados de sus mayores. Con este propósito, antes de emprender campaña alguna, fue visitando por meses e inflamando en misticismo patrio a los huancavilcas, a los cañaris autóctonos, a los pueblos de la Sierra y aun a las tribus orientales de la selva amazónica (10). Luego, a la primera provocación de Huanca Auqui en un ataque sorpresivo a Tomebamba, dio comienzo a su gigantesca campaña de 3.000 kilómetros, desalojando primero a los peruanos de Cusibamba (Loja), para perseguirlos sin descanso hasta Cochahualla, cerca de Cajamarca, en donde derrotó otra vez a Huanca Auqui, a pesar de que éste había recibido a un nuevo ejército del Cuzco, reforzado por 10.000 chachapoyanos del Oriente.

En las batallas americanas de ese tiempo, en donde para luchar no se invertía tipo alguno de máquinas (ni siquiera los caballos), el número de combatientes era decisivo para el triunfo. Así, pues, Atahualpa resolvió quedarse él mismo en Cajamarca para reclutar personalmente a nuevos ejércitos entre los indígenas de aquellas bien pobladas regiones,



despertando en todas partes la rebelión contra el racismo cuzqueño. De ese modo, puestos Quisquis y Calicuchima al frente de las tropas indígenas del Norte y del centro del Tahuantinsuyo, esos dos generales quiteños fueron avanzando hacia el Sur y coronándose de gloria en las batallas cada vez más multitudinarias de Bombón al pie del altísimo Nudo de Pasco, Yanamarca a la entrada de la importante ciudad de Jauja, Angoyacu en la garganta del río Montaro, Tabaray dentro de la cuenca del Apurímac y finalmente en la doble batalla de Cotabamba (o Quipaypán, como la llama Garcilaso) con la ocupación final del Cuzco.

Pero, cuando a comienzos de Noviembre de 1532 Atahualpa tenía noticias en Cajamarca de la toma del Cuzco por su ejército, al mismo tiempo estaba en vísperas de recibir a un puñado de extranjeros provenientes del otro lado de los mares. En Tumbes aquellos individuos exóticos habían pedido autorización para visitar al Inca Quiteño en Cajamarca y él, siempre "muy amigo de saber y entender nuestras cosas", había juzgado que su presencia quizás podría ser muy útil para "el mundo nuevo" que pensaba levantar. Se trataba de los 167 aventureros españoles a órdenes de Francisco Pizarro. Llegaron a Cajamarca el 15 de Noviembre de 1532.

El resto de la historia tradicional es muy conocido, aunque hoy día más que nunca puesto en tela de juicio. Respetando las demás opiniones al respecto, la siguiente nos parece más de acuerdo a los antecedentes que acabamos de reseñar y las afirmaciones de los testigos más dignos de fe.

Para dar a esos extranjeros una recepción digna de la Nación más dilatada del Nuevo Mundo, Atahualpa, el Monarca victorioso que en esos días había llegado al pináculo del poder y de la gloria, había dispuesto la representación de un espectáculo teatral multitudinario por medio del ejército de artistas que acompañaban a la Corte. Así se hizo, en efecto, al día siguiente, formando sobre la llanura enormes cuadriláteros humanos rojos y blancos a modo de tablero de ajedrez, que iban avanzando al ritmo de los coros de danzantes y cantores echados por delante, para penetrar finalmente en la inmensa plaza triangular de Cajamarca. Desgraciadamente aquellos aventureros españoles, después de un trágico peregrinar de 20 meses a lo largo de las costas del Océano Pacífico desde San Mateo (Esmeraldas) habían llegado a ese pueblo con

los nervios totalmente destrozados y convencidos de que el Inca los había traído hasta ahí para matarlos. Así, pues, en vez de recibir aquel homenaje en la tribuna de honor preparada para ellos en la plaza, se escondieron y resolvieron contratacar, para morir al menos con las armas en las manos. Así fue cómo, cuando la plaza estaba ya repleta de artistas y la litera de oro de Atahualpa se detuvo en medio de ella, lanzaron sobre la multitud a los 40 caballos que tenían disponibles ese día y sus jinetes comenzaron a alcanzar a la gente. Ante tan imprevista reacción los artistas indígenas huyeron despavoridos, cayendo algunos de ellos bajo los cascos de los caballos y las lanzas de sus improvisados enemigos. Atahualpa se dio cuenta del estallido de nervios de sus huéspedes y, aunque tuvo problemas en llegar con su litera a la "torre míciza" de la plaza en donde debía tener lugar la entrevista otorgada al jefe español, entró en ella sano y salvo y lo esperó. Aquella recepción tuvo lugar a la hora del crepúsculo y, cuando Pizarro acudió a la cita, la noche había cerrado. Ante la acusación del jefe español de que el Inca había venido al pueblo con todo su ejército, el Inca Quiteño se contentó con invitarlo a visitar a su verdadero ejército en la mañana del día siguiente. Luego hizo venir por los montes a 5.000 hombres de su campamento (11) y, custodiado por ellos, se retiró a su residencia en las tinieblas de la noche. Francisco Pizarro acudió al día siguiente a visitar aquel campamento, que, visto a lo lejos por los españoles al acercarse al pueblo, les había parecido toda una "ciudad" (12) y les había colmado de terror (13). De acuerdo al testimonio de Hernando Pizarro (14), cabeza moral de la expedición que escribió la crónica más próxima a los hechos (Noviembre de 1533), efectivamente aquel ejército de en torno a 100.000 hombres, acampado a 7 kilómetros del pueblo, estaba obviamente intacto. Ante semejante hecho y temeroso de que, al conocerlo, los 167 españoles hubiesen de desertar, Francisco Pizarro suplicó al Inca que lo retirase. Atahualpa, que para ese tiempo estaba ocupado en la operación de retirar a sus grandes ejércitos desde el Cuzco después de la victoria, le aseguró que eso había de hacerse en los próximos días.

De ese modo los españoles pudieron quedarse en Cajamarca, muchos de ellos conservando en su fantasía la ilusión de una victoria sobre las fuerzas militares del Inca. Hernando Pizarro tampoco habla de cautiverio alguno de Atahualpa. El fraile Valverde, que había hablado con

él en el centro de la inmensa plaza triangular (de 12.450 metros cuadrados) el día de la recepción y cuyo diálogo por imposibilidad física no pudo ser escuchado por sus compatriotas, siguió frecuentando su residencia Imperial a 7 kilómetros del pueblo. Probablemente por iniciativa suya el Inca ofreció adelantar al Rey de España un gran caudal de metales preciosos a cambio del progreso europeo. En todo caso de acuerdo a Hernando Pizarro su oferta de oro fue amistosa y espontánea.

La palabra de Atahualpa comenzó a cumplirse al cabo de dos meses. De acuerdo a lo que en 1535 constató Fray Tomás de Berlanga, delegado especial de Carlos V para la investigación de estos acontecimientos (15), Francisco Pizarro al comienzo tuvo la sana intención de entregar esos tesoros en su integridad al Rey de España; erigió "la casa del oro"; montó en ella una guardia permanente y, por medio de una cédula ordinaria fijada a su entrada, prohibió el ingreso a cualquier español bajo severas penas.

Pero la noticia de la llegada de esos metales preciosos voló en alas de los mercaderes españoles a oídos de Diego de Almagro, un judío converso hecho anteriormente socio de aquella empresa conquistadora. Este hombre sexagenario, que reunía en su temperamento una ambición sin límites y una sagacidad increíble, resolvió al punto que esos caudales no se escapasen de sus manos. Al frente de 200 hombres bien armados partió de Portoviejo y llegó a Cajamarca el 14 de Abril de 1533. Una vez ahí, entre otras cosas despachó espías al Cuzco para ponerse en contacto con los incas de raza pura prófugos de la ciudad; despertó el orgullo y la ambición de Francisco Pizarro y los soldados españoles; y confió a soldados secretarios dóciles la redacción de crónicas con la finalidad de dar a los españoles títulos de propiedad por conquista, afirmación que fue específicamente opuesta a la verdad según Berlanga. Preparado así el ambiente, Almagro dio el golpe definitivo el 25 o 26 de Junio, capturando ante todo a los chasquis que iban y venían diariamente de Cajamarca y aislando así al Inca de su Imperio. Luego, resguardado por su tropa, tomó preso a Atahualpa, lo trasladó a una cárcel segura en el centro del pueblo y, después de echarle una cadena al cuello y hacer custodiar día y noche la población con patrullas de a caballo, sometió al Inca Quiteño al suplicio de la horca el 26 de Julio de 1533, con el fin de acallar para siempre al denunciante implacable del atraco al Rey.

Tal es a grandes rasgos la figura histórica de Atahualpa. Las generaciones actuales, que al cabo de 450 años disponen de documentación de primera mano suficiente como para desmentir las crónicas interesadas de aquellos soldados españoles, están en el deber de restaurar la memoria de aquel hombre, que dio al Ecuador su unidad original, no dudó en avanzar militarmente hasta el Cuzco para hacer respetar sus derechos y, si cayó traicionado por sus huéspedes, aun entonces, al haberles brindado su amistad, no buscaba otra cosa que el progreso de su Patria.

CITAS UTILIZADAS

- (1) Carlos V a Francisco Pizarro — Cédula del 21 de Mayo de 1534/Cartas del Perú, p. 64.
- (2) Pedro Cieza de León — Del Señorío de los Incas, 1552, Cap. LVI, pág. 153.
- (3) Pedro Cieza de León — Crónica del Perú, 1552, Cap. XLIV
- (4) Fernando de Montesinos — Memorias antiguas, historiales y políticas.
- (5) Miguel de Estete — Noticia del Perú, Biblioteca Peruana, Tomo I, pág. 369.
- (6) Gaspar de Espinosa al Comendador Cobos, Agosto 1 de 1533, Cartas del Perú, pág. 66.
- (7) Pedro Sarmiento de Gamboa — Segunda parte de la historia que se llama índica, Cap. 60.
- (8) Alonso de Borregán — Crónica de la conquista del Perú, Cap. VIII, pág. 84.
- (9) Los quipucamayos de Vaca de Castro — 1542 — Primera parte.
- (10) Miguel Cabello Balboa — Miscelánea . . . Cap. 20.
- (11) Anónimo Sevillano de 1534 — La conquista del Perú.
- (12) Juan Ruiz de Arce — Advertencias...
- (13) Miguel de Estete — Noticia del Perú.
- (14) Hernando Pizarro — Carta a los Oidores de la Audiencia de Santo Domingo — 1533.
- (15) Fray Tomás de Berlanga al Rey — Carta del 3 de Febrero de 1536, Cartas del Perú, p. 189.

Este Libro es propiedad de la Biblioteca

Nacional de la Casa de la Cultura

Su Venta es penada por la Ley

CARTILLAS DE DIVULGACION

SECCION DE HISTORIA Y GEOGRAFIA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

- 1 Aquiles Pérez: Las Culturas Aborígenes en la República del Ecuador
- 2 Francisco Terán: Nuestras lagunas andinas; Historia y Geografía
- 3 Emilio Uzcátegui: Desarrollo de la educación en el Ecuador
- 4 Gustavo Vásconez H.: Cartas de Bolívar al General Juan José Flores Historia y Antihistoria
- 5 Luis Andrade Reimers: Materiales históricos para el Pacto Andino
- 6 César Vicente Velásquez: El reverso de la guerra entre Quito y el Cuzco
- 7 Eduardo Martínez: Intervención del Gobierno de Alfaro en la guerra de los Mil Días
- 8 Plutarco Naranjo: Semblanza de Montalvo
- 9 Marco A. Bustamante: Ecuador país tropoandino
- 10 César Vicente Velásquez: El enigma histórico de Cajamarca
- 11 Emilio Uzcátegui: Reflexiones sobre nuestras grandes efemérides
- 12 Aquiles Pérez: Rumiñahui
- 13 Luis Andrade Reimers: La cada vez más increíble historia de Atahualpa
- 14 Marco A. Bustamante: La línea equinoccial en el territorio de la República del Ecuador
- 15 Francisco Sampedro V.: Las Cuevas de los Tayos
- 16 Luis Andrade Reimers: Las esmeraldas de Esmeraldas en el siglo XVI
- 17 Eduardo N. Martínez: Entrevistas presidenciales Ecuador-Colombia
- 18 Aquiles R. Pérez: La minúscula nación de Nasacota Puento, resiste la invasión de la gigantesca de Huayna Cápac
- 19 Francisco Sampedro V.: El problema geográfico geomorfológico del Cenepa
- 20 Ricardo Alvarez: Bolívar y Manuelita Sáenz; aspectos biográficos, episodios románticos y anécdotas
- 21 Emilio Uzcátegui: Es gloria de Quito el descubrimiento del Amazonas
- 22 César Vicente Velásquez: Proyección Continental de la Revolución de Agosto
- 23 Aquiles R. Pérez T.: Los Duchisela
- 24 Ing. Vicente Enrique Avila: Los sensores remotos para la cartografía
- 25 Luis Andrade Reimers: Lo que Sucre hizo por el Ecuador
- 26 27—Franklin Barriga López: Temas de Historia
- 28 Myr. Ing., Francisco Sampedro V. Los Sensores Remotos en el Ecuador
- 29 Emilio Uzcátegui: Eloy Alfaro, El Revolucionario Constructor
- 30 Francisco Sampedro V.: La Cordillera del Cóndor
- 31 Emilio Uzcátegui: La Primera y la Última de Nuestras Constituciones
- 32 César Vicente Velásquez: Se llamaba José Joaquín de Olmedo
- 33 Prof. Aquiles R. Pérez T.: Síntesis Histórica del Servicio Meteorológico de la República del Ecuador
- 34 Francisco Terán: Visión Histórica Geográfica del Nudo de Mojanda.
- 35 Vicente Enrique Avila: Programa de los Sensores Remotos de Aplicación en las ciudades de Quito, Guayaquil y otras
- 36 Eduardo N. Martínez (NALO): La Batalla de Cuaspuñ.
- 37 Francisco Terán: Una Microgeografía del Ecuador
- 38 César Vicente Velásquez: El Proceso por la Revolución de Agosto.
- 39 Emilio Uzcátegui: Bolívar y la Educación.